

## DOS TRISTES MEDIAS VERÓNICAS

**Ignacio Cartagena**  
*Escritor*

*A José Suárez Inclán*

París-Madrid  
11 de diciembre de 2018

### 1.

Está a punto de doblar el último novillo. Un joven torero rubio, repeinado, con rizos en el cogote y un terno blanco y oro manchado de sangre, pugna por hacer centro con la cruceta en el testuz del animal. Está pálido, suda abundantemente, jadea y maldice para sus adentros mientras un silencio áspero se apodera de la plaza. Los subalternos rodean al animal moribundo, echan capas, hacen como que hacen —pero sin hacerla— la rueda de peones. Un espectador del siete les afea la conducta. Del hueco del patio de caballos llega un tintineo de campanillas (la cadena de imperdibles de la muerte). Ya se intuyen los olores de una plaza vacía: a búcaro frío, a cesta sin merienda, a almohadilla sobada, a ladrillo rojo ennegrecido por el sol.

Don Luis Gómez Alegre, natural de Zafra, nacido hace sesenta y seis años y desde hace veinticuatro corresponsal taurino de El Continental, hace ademán de levantarse de su localidad en el tendido alto del diez. Don Luis considera que ya ha visto suficiente. Lleva pensándolo

desde el segundo novillo. Cree —a estas alturas— que podría escribir la crónica sólo con ver cómo los novilleros hacen el paseíllo. Sirvan como ejemplo, los tres de esta misma tarde:

“Sebastián Carmona, de Jerez de los Caballeros, vestido pistacho y oro con cabos negros. Sale raudo, desafiante, sin desear —como es de ley— suerte a los compañeros. Fija la vista en el burladero de presidencia, donde le aguarda un capote de brega a estrenar. Viene a Madrid a confirmar la grata impresión del año pasado, cuando dio aquella vuelta al ruedo ante una del Conde de Mayalde, en medio de un avispero de turistas orientales. Carmona es el arquetipo del novillero con prisa de tomar la alternativa. Y si tiene prisa de salida, toreará con prisa. Y si torea con prisa no respetará terrenos ni distancias. Se equivocará. Se impacientará. Silencio y silencio. Silencio y Pitos, tal vez. Y tendrá suerte si no se lleva de propina un enganchón”.

“José Joaquín Climent, Jocho II. De Algemés, Valencia. Sale desconfiado; no saluda, pero en su caso no es por arrogancia, sino por timidez. Lleva un terno turquesa y otro donde cabrían él y tres más, tal vez heredado de un hermano picador. Traza en el paseíllo una línea más curva, más abierta que los demás, y por eso casi se acaba juntando con el primer peón de la cuadrilla de al lado. Jocho apunta maneras de torero de arte. Tiene poca decisión, valor ninguno; habría preferido venir solo a torear a Madrid, pero su protector, un empresario llamado Argimiro López, ha decidido alquilar ese autobús que aguarda a la entrada del cinco, con el motor encendido. Gracias a la generosidad del tal Argimiro, la mitad de Algemés está animando a Jocho II tras de una gran pancarta en que saluda a la afición. De Jocho cabe esperar un trincherazo entre un mar de probaturas. Palmitas y silencio. Salida al tercio, tal vez. Madrid siempre consiente al torero de pellizco”.

“Andrés Silva, hijo de ganadero. De segundo, Gutiérrez de Caviedes. Sale a la plaza displicente, confiado, las pupilas fijas en la bóveda

granate de la montera. Se presenta ante la afición de Madrid luciendo un terno que no costará menos de un millón de pesetas, regalo de su madrina, una señora marquesa. Andrés tiene casi terminada la carrera de empresariales. Tiene a su novia y a la madre de su novia ocupando, en solitario, el palco número doce, a la vera del de la delegación de gobierno. No las mirará en toda la tarde, por aquello del mal fario. Si el novillo no le levanta los pies del suelo tras de la larga cambiada, Andrés Silva tiene pensado dar una segunda y una tercera. Y una cuarta. Tiene la firme intención matar a su suegra de un infarto. Andrés no entenderá que —habiendo pasado un quinario de hinojos— el público le eche en cara que no se cruce con la muleta. Aunque él no se cruza porque no le da la gana. Porque no es su estilo. Porque no le sale de los c..., vamos. Dará un sainete a la hora de matar y abreviará con su segundo. *Silencio y pitos, o pitos y bronca*".

## 2.

En efecto, la novillada ha seguido, toro por toro, el curso vaticinado por don Luis. El sexto morlaco se demora en doblar y Andrés Silva, tras metisaca, dos pinchazos y media pescuecera, anda volcado en el morrillo sin saber muy bien qué hacerse con la cruceta. Es una pena que el toro no doble y dispense a todos —a sí mismo, en primer lugar— de ese mal trago. "*Jalá te mate Bernadó*"— recuerda don Luis la maldición gitana, con una sonrisa de sorna en los labios.

En ese momento, ignorando la prohibición de levantarse durante la lidia, se acerca a don Luis un tipo calvo, enjuto, medio encorvado, cubierto hasta las rodillas con un impermeable de fieltro verde —de los que emplean los cazadores y los ganaderos para tareas del campo. Don Luis piensa para sí que es la viva imagen de la posguerra española: hambre, grisura y desamparo.

—Disculpe, don Luis ¿tiene un minuto?

—Mire que aún no ha doblado el toro...

—Lo sé, lo sé, pero es que yo me marchaba ya. Quería preguntarle, don Luis, ¿le ha gustado el Jocho?

Don Luis mira al aficionado un segundo, con displicencia, y luego vuelve a fingir interés por el linchamiento del sexto.

—Pues no, no me ha gustado el Jocho, lo siento.

—¿Y va a escribirle usted una mala crónica?

—Ni buena ni mala, oiga. La crónica saldrá regular, como todas. El que es malo es el novillero.

—Ah —musita el aficionado— ¿y las dos medias verónicas?

Don Luis le dirige una mirada rigurosa, de catedrático en tauro-maquía.

—Pero oiga ¿no ve usted que está entorpeciendo la vista? Siéntese o márchese, pero no se quede ahí parado.

Justo en ese momento dobla el sexto toro. En medio de un mar de pitos, Cuatro palmitas huecas, —la novia y la suegra, desde su palco número doce— acompañan la retirada de Andrés Silva, el novillero pijo. Don Luis se levanta, recoge maquinalmente la almohadilla y, cuando hace ademán de marcharse, se encuentra de nuevo con el aficionado de la triste figura.

—¿Quiere usted algo más?

—Es que aún no me ha dicho qué le han parecido las dos medias del Jocho.

Don Luis se impacienta.

—Pues ¿qué me van a parecer? Bien. A mi con las medias verónicas me pasa como con las aceitunas rellenas: me gustan hasta las malas.

—Y ¿no ha visto cómo el Jocho bajaba las manos y se traía el toro toreado hasta los riñones? Eso es muy difícil hacerlo a su edad.

—Pues sí, muy difícil. Y ahora, si me permite...

Don Luis hace ademán de marcharse dejando al aficionado enjuto y encorvado en mitad de una media verónica imaginaria. Da unos pasos hacia el vomitorio del diez, titubea y se vuelve de espaldas.

—Oiga, por curiosidad ¿le puedo preguntar qué mosca le ha picado usted con el Jocho?

—Es que soy vecino de sus padres —dice el aficionado.

A don Luis le ataca un súbito e infrecuente cargo de conciencia: piensa que tal vez ha sido un poco duro con el aficionado canino y desaliñado, que venía con la ilusión de ver al hijo de los vecinos salir a hombros en las Ventas y se marcha con el magro consuelo de dos tristes medias.

—Pues mire, y no es por ser usted vecino de la criatura: creo que el Jocho apunta maneras.

—Pero ¿no acaba usted de decirme que era malo?

—Malo, sí, como todos los novilleros. Malo *iuris tantum*, pero no *iuris et de iure*. Es decir, malo hasta que se demuestre lo contrario. Y el Jocho es de esos que ¿quién sabe? Tal vez con otro tipo de toro...

El aficionado esgrime el programa hecho un cucurucho—...Pero si la novillada era de Domecq,

—De Domecq, sí, de Domecq. Pero no de don Álvaro. Esto tenía más picante. Bueno, encantado...

Don Luis se encamina, más reconfortado, hacia el túnel del tendido diez. Con un gesto indolente saluda a Fausto Zárate, cronista de la Nación, que viene acompañado de su inseparable Mariví, y a Domingo García Merchán, director del Semanario el Albero, que firma sus columnas con el pseudónimo de “Templaíto”. De nuevo escucha la voz penitencial del tío del Jocho.

—Oiga, ¿y va usted a escribir eso que me ha dicho?

—¿Cómo dice?

—Que si va a escribir que el Jocho apunta maneras.

Don Luis se encoge de hombros. El vecino del Jocho está empezando a resultarle cansino, y él no es de actos de caridad persistentes. Que se lo digan si no a Rafael de Paula, a quien ha propinado ya tres rejonazos seguidos en forma de crónica.

—Mire, todavía no tengo ni idea de lo que voy a escribir. Cómprese el periódico mañana y así lo averigua.

—Y ¿dónde piensa usted escribir la crónica?

### 3.

Luis Alegre, cronista de “el Continental” desde hace treinta y cinco años, aún se está preguntando por qué, en un gesto de inocencia impropio de los de su gremio, le ha revelado al vecino del Jocho el emplazamiento desde el que suele escribir su crónica taurina cada tarde noche de domingo. Ahora, en el bar—cafetería “Los Tulios”, sito en pleno barrio de La Guindalera, mientras el crítico remuerde el capuchón del boli tratando de encontrar una primera frase aseada, comienza a arrepentirse: se abre la puerta del local y por él aparece la severa figura del partidario del Jocho, fumando nerviosamente.

—Oiga —le pregunta a la camarera— ¿se ha pasado ya por aquí el señor crítico?

La camarera, una filipina de no más de veinte años, se encoge de hombros. Es muy probable —reflexiona “el crítico”— que esa muchacha jamás se haya preguntado a qué se dedica el individuo que, tarde tras tarde ocupa la tercera mesa del pasillo, mirando hacia la derecha según se entra.

Luis Alegre piensa por un momento en esconderse en el aseo de caballeros, pero es demasiado tarde: el vecino del Jocho lo ha visto y se dirige hacia él. Se consuela pensando que es más que probable que, con lo persistente que es el aficionado, habría registrado hasta los minigitorios con tal de dar con él.

—No se imagina qué suerte he tenido. O mala suerte, según se mire. Resulta que el autobús que iba a llevar a la peña Jocho II, el que contrató Argimiro, el apoderado de la criatura, acaba de pinchar una rueda en la glorieta de Manuel Becerra. Así que aquí me tiene, dispuesto a ahorrarme el periódico de mañana. ¿Ha acabado ya la reseña?

—Pues mire no la he empezado siquiera. Y a este paso, empiezo a pensar que no lo haré nunca.

En ese momento la camarera filipina se acerca con una bayeta. Es una costumbre insufrible, la que tiene la filipina con la limpieza, piensa don Luis: a poco que el cliente de descuida, la muchacha pasa una bayeta mojada por la mesa de aglomerado, dejando empapadas las cuartillas de la crónica.

—Pues mire, me tomaré un carajillo y así le acompaño mientras hace su crónica —dice el triste aficionado sentándose a la mesa, justo enfrente del crítico— nunca que visto trabajar a un escritor.

Don Luis no puede evitar, al verlo sentarse sin ser invitado, poner cierto gesto que es muy común, de salida, en ciertos toros colorados de la “casta jijona”.

—¿Pero puede usted decirme qué es lo que pretende?

—Yo nada: nada de nada. —dice el aficionado cansino con total seguridad— solo quiero ver si se acuerda usted de las dos verónicas del Jocho.

Una musiquita festiva anuncia que el jubilado que, provisto de mondadientes, acaba de insertar cinco duros en la máquina tragaperras, ha sido agraciado con el máximo galardón: los tres lingotes de oro del “jackpot”. No menos de ciento veinticinco pesetas van cayendo, en plan maná, sobre el metal de la bandeja.

—Se ve que la máquina estaba caliente —asevera el vecino del Jocho.

—Pero vamos a ver. ¿Por qué insiste? ¿No le he dicho ya que el chaval apunta maneras?

—Sí.

—¿Y no le parece eso más que suficiente?

—Sí, a mí sí.

—Y entonces ¿qué mas quiere?

—Quiero ver si lo pone en la crónica o lo dice solo para dejarme contento.

—Pero oiga ¿a qué tanta insistencia? No soy yo el que hace los carteles. Si quiere que ese chico triunfe, le dice que la próxima vez se arrime más. Que se la juegue. Que no dé dos medias sino dos enteras. Y cuarto y mitad de naturales. Y que mate de estocada hasta los gavi-lanes. Y que procure que el toro ruede sin puntilla. Eso es lo que hay que hacer para triunfar en Las Ventas, no mandar al vecino del quinto a darle la vara al crítico de turno al final de la corrida.

—Oiga, sin faltar —dice el aficionado con un tono grave de ultra-tumba, que Luis jamás se hubiera esperado pudiera salir de tan escasa talla— que si estoy aquí es por voluntad propia: a servidor el Jocho no le ha pedido nada... además, no habrá próxima corrida, se lo aseguro. Usted aún no lo sabe, pero El Jocho se ha retirado esta misma tarde.

Don Luis queda un momento perplejo. Al poco de pronunciar la última frase con la voz entrecortada, al partidario del Jocho —vecino de la familia— se le quiebra la voz y se echa a llorar desconsolado. Moquea abundantemente y a veces se frota la nariz con la manga de la gabardina. La camarera filipina ha traído el café con la botella de coñac a la mesa. Carece aún de la pequeña picaresca que consiste en servir cuatro gotas de licor en la barra y sirve abundantemente sobre el café solo. Ni asomo de empatía, mientras sirve, ante las lágrimas del humilde partidario, que es la viva imagen de la desolación.

—Ya que ha traído usted el brandy —dice don Luis a la filipina— sírvame una copa a mi también. Creo que me va a hacer falta.— Y luego se dirige al aficionado:— A ver: cálmese y explíqueme eso de que el Jocho se ha retirado esta tarde”.

#### 4.

El chico no levantaría más de medio metro cuando le regalé su primera muleta— dice el partidario del Jocho con los ojos húmedos aún— Él había pedido a los reyes un balón de reglamento con el escudo del Valencia, y el padre y la madre —por aquello de que el niño no se diera cuenta de la trampa— me habían encargado a mí que fuera a comprarlo. Pero el caso es que en la tienda de deportes los balones con escudo se habían agotado.

En aquel entonces no era como ahora, que hay cuatro tiendas de deportes en cada esquina. En aquel entonces o se echaba pronto la carta a los reyes o se quedaba uno sin balón. Y eso me pasó a mi: que me pasé por la tienda el cinco de enero por la mañana. Y sin reservar...

Volví a mi casa dispuesto a coger el coche y acercarme hasta el estadio de Mestalla, tanta era la ley que yo le tenía a ese chiquillo. Mi mujer y yo no tenemos hijos —¿sabe usted?— y no es que no lo intentáramos, es que no ha habido manera. Y luego pasaron los años, ya nos vimos mayores; y le cogimos cariño al hijo único de los vecinos, hasta tal punto de que él sería único, pero padres y madres tenía dos pares... Yo con tal de ver contento a José Joaquín —que así se llama el Jocho aunque usted comprenderá que ese no es nombre para un matador, sino para un cantante de boleros— habría ido de rodillas hasta la casa del presidente del Valencia.

...Que no, me dijo mi mujer, que es más fácil que todo eso. Que José Joaquín pide un balón, pero en realidad lo que desea —aunque ni él mismo lo sepa— es un trasto de torear. Y entonces ella me explicó que

el lunes anterior, mientras le ponía la merienda, el chaval se había quedado extasiado delante de la tele, justo cuando Paco Camino toreaba de muleta a su segundo en la corrida del lunes de Resaca. Fíjese el cartel: Paco Camino, Pepe Luis Vázquez y Manolo Cortés. Y con toros de doña María Luisa. Como para no quedarse embobado.

El caso es que mi mujer me convenció de que, con un paño rojo y otro amarillo, y un estaquillador con alcayata, le hiciéramos a Jocho una muleta acorde con su estatura. Si no le gustaba, siempre podríamos decirle que el regalo de los reyes era canjeable por un balón de reglamento en la tienda de deportes. Pero al chaval no le hizo falta, como podrá imaginarse: a partir del seis de enero —le hablo de hace lo menos diez años— el Jocho ha vivido todos los días de su vida con una muleta pegada a la mano.

Primero fue solo un juego —mi mujer o yo, ilusionados con la buena recepción del regalo— le hacíamos de toro por turnos, a costa —sobre todo en el caso de mi mujer— de un lumbago prematuro. Luego la cosa pasó a mayores: dos o tres becerras en una finca de un amigo de Albacete, un trimestre en la escuela taurina como premio si aprobaba todo, y finalmente un debut sin picadores en la becerrada de homenaje a las mujeres de una pedanía del rincón de Ademuz.

Créame: el Jocho iba muy bien orientado hasta que apareció don Argimiro. Es natural: llegó el hombre poniendo dinero de por medio. Y comprando novillos. Y hablando de veinte novilladas con picadores —mínimo— que ser hasta treinta si se cortaban orejas. ¿Quién se resiste a eso, dígame? Se llevó al chaval a una finca de Córdoba con la excusa de pasar el invierno “en torero”. Y digo yo ¿qué tendrá Algemés que no se puede pasar el invierno “en torero”?

Lo primero que nos extrañó fue que pusieran a trabajar a José Joaquín de guardés de la finca todo el invierno. A cargar costales de pienso para los toros. A hacer de recadero o de piche de cocina cuando los

señores daban una montería, y otras cosas más que me callo, porque yo al Jocho le sigo teniendo ley.

Llegó el verano y las veinte novilladas no pasaron de ocho o nueve. El pretendido debut en Sevilla se quedó en un mano a mano con un rejoneador en Alcalá de Guadaíra. Jocho, ya lo ha visto usted, es torero de pellizco, pero don Argimiro le convenció de que las orejas había que ganárselas a fuerza de desplantes y toreando de rodillas. Así, toreando a contraestilo, muchas veces como relleno en la parte seria de las charlotadas, al chaval se le ha ido apagando la vena de torero artista. No es que no sepa torear mejor: es que torea entristecido, con la tristeza que da la derrota.

Han pasado tres temporadas y el chaval no ha despuntado ¿Y cómo habría de hacerlo? Don Argimiro dice que se ha cansado de invertir en su futuro y ha está rastreando un nuevo protegido en la escuela taurina de la calle de Játiva. Y fíjese: ahora, que a fuerza de malos consejos y de abusos ha acabado con la carrera de mi chaval; ahora es cuando lo trae a una novillada en las Ventas. Casi como el premio que se da a un perro al que se está a punto de sacrificar. “Si no me cortas como mínimo una oreja” —le ha dicho al Jocho mientras se vestía— “puedes irte olvidando del apoderamiento...”

## 5.

Cuando Luis Alegre enfila, abrigo en mano, la boca de metro de Manuel Becerra, no puede evitar media sonrisa de satisfacción en los labios. Acaba de enviar a la redacción del periódico la que posiblemente sea la peor crónica de cuantas ha redactado en su ya dilatada carrera. Una crónica en la que no ha escrito lo que ha visto, sino lo que hubiera querido ver. Reproducimos aquí el fragmento que habría de causar más controversia:

Jose Joaquín Climent “el Jocho” de Algemés, dio ante sus dos novillos una lección de toreo caro...eso sí, toreo con cuentagotas, porque no otra cosa consentían los dos mansos de Domecq que algún que otro pase de cartel entre un trapaceo de circunstancias. En este novillero confluye un buen aire de artista con un conocimiento de la lidia impropio de su edad. Es un torero sapiente y a la vez poderoso. Sabe de terrenos y distancias. Con su primero anduvo valentísimo, siempre con la muleta por delante, jugándosela en cada derechazo. Y a su imposible segundo lo recibió con dos medias verónicas de cartel, posiblemente las mejores que se hayan visto esta temporada en Las Ventas. Aunque solo fuera por esos dos pases excelsos, Climent merecería una repetición dentro de un par de domingos, a más tardar. La sufrida afición venteña, estragada de pegapases del estilo de sus dos compañeros de cartel, lo demanda.

Mientras se monta en el metro de la línea circular, ya casi desierto a aquellas alturas del domingo, el crítico taurino se regocija pensando en la cara que pondrán sus colegas Fausto Zárate y Domingo García Merchán, alias Templáito, cuando lean su crónica. Y en las llamadas indignadas que posiblemente recibirá en “el Continental”, de algunos de los aficionados más conspicuos, los de la peña “el siete” y el Club Taurino de Madrid, preguntándole en qué corrida ha estado su crítico mientras la parroquia contemplaba una novillada —una más— sin historia.

Cuando su convoy irrumpe en el andén desierto de Sáenz de Baranda, inundado de neones analgésicos y de ofertas de grandes almacenes, el crítico piensa que una buena excusa para su inaceptable falta de rigor sería aquel certero juicio del maestro Juan Belmonte, el Pasma de Triana: “es que de toros no sabe nadie”.

Debería decirles aquello a sus compañeros de redacción, antes de que empiece a sonarles el teléfono.